

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINGO DE RAMOS.

Indignati sunt et dixerunt ei: Audis quid isti dicunt!

MATTH. XXI.

Se indignaron y y le dijeron: Oyes lo que dicen estos?

Entre los vicios capitales que afligen á la humanidad desde la rebelion del paraíso, cuéntase la envidia, pecado abominable por el cual entró la muerte en el mundo, escoltada en su maldito triunfo por un ejército de horrendas calamidades.

En el Evangelio de este dia encontramos motivo y ocasion para conocer este vicio perverso, vergonzoso y anti-social, para detestarlo de corazon, y combatirlo con todas nuestras fuerzas. Dirigiase el Salvador á Jerusalem, seguido de alborozadas muchedumbres que llenaban los aires

de entusiastas aclamaciones, y los que salieron de la Ciudad agitantaban ramos de palma y alfombraban el camino con sus vestidos, con flores y ramas de los árboles. Llegado que hubo el Salvador á la ciudad de los profetas, se dirigió al templo, y como los niños no cesaban de aclamar al Hijo de David, se acercan á Jesús los envidiosos fariseos, y le dicen: ¿No oyes lo que dicen éstos? Mándales callar. Y ¿no habeis leído vosotros en los libros de David, responde el Salvador que los niños inocentes y candorosos tejerian una corona de perfectísimas alabanzas para ornar la frente purísima del Rey manso y pacífico? En verdad os digo que si estos calláran, hablarian las piedras.

Hé aquí la envidia, entristeciéndose del bien ageno, indig-

nándose á causa de los aplausos tributados al Hijo de Dios, poderoso en obras y palabras. Y lo peor es, que este pecado señorea los corazones, y son pocos los que conocen *su gravedad y sus funestos resultados*. Oid, pues, las enseñanzas de la moral cristiana acerca de la envidia, y no dudo que una vez conocidas su gravedad y sus consecuencias habeis de mirarla con horror y combatirla demodadamente con las armas invencibles que os suministra la Religión.

¿Qué es la envidia? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Cómo podremos librarnos de esta peste de las almas, de los pueblos y de las naciones?

La envidia, dice el Doctor seráfico, es la melancolía, tristeza ó pesar que nos causa la felicidad ajena, y la alegría que sentimos en vista del mal ajeno. *Invidia est alienæ felicitatis tristitia, et in adversitate lætitia* (1). La envidia, dice San Antonino, es un fuego cruel, una pasión vergonzosa que no puede sufrir el bien de otros, y de grado acepta un mal para sí con tal que su prójimo reciba un daño mayor. *Crudelis est et non potest pati alios bona ha-*

bere, et potius appetit sui malum cum pejore malo proximi (1).

La envidia es compañera de la soberbia. El apetito desordenado de ser, y de tener nos impulsa á mirar con disgusto, con pesar y tristeza el bien ajeno, como si los bienes del prójimo fuesen contrarios á los nuestros, como si el talento, la hermosura, la virtud, la fama, la posición social de nuestros semejantes fuesen un obstáculo para nuestro engrandecimiento y otros tantos enemigos de nuestra dicha. El envidioso es enemigo de Dios, enemigo de sus hermanos, enemigo de sí mismo, y enemigo de la sociedad.

Dios es el autor de todos los bienes, el dador generoso de todas las gracias que poseemos. ¿Qué hay en nosotros que no hayamos recibido de su bondad infinita? Todo bien, la salud, la vida, la fuerza, la hermosura, la virtud, las riquezas, todo lo hemos recibido de Dios, todo es suyo, menos el pecado que es nuestro, menos la muerte que es hija del pecado. Y Dios distribuye sus dones, concede sus gracias, derrama sus bondades en número, peso, y medida, según el beneplácito de su voluntad. ¿Quién es

(1) *Diceta salutis*, cap. IV.

(1) VI p., tit X, cap. I.

el hombre para corregir la obra de Dios? ¿Quién osará darle consejos y limitar sus bondades? ¿Quién? El envidioso. Si; el envidioso quisiera que su prójimo perdiese sus bienes, los dones de Dios, sus gracias y beneficios. El envidioso arguye á Dios de injusticia y condena la sábia distribución de sus dones.

El envidioso destruiría si le fuera posible, la obra de Dios porque la envidia es naturalmente homicida, muchas veces de hecho, y siempre de deseo. Decía el Apóstol que los paganos estaban llenos de envidia y de homicidio. *Plenos invidia et homicidio*. La envidia enjendra el odio, y el odio enjendra la murmuración, la calumnia, la infamia, la discordia, la guerra, la desolación y la muerte. ¿Hay pecado más abominable, más anti-cristiano, más anti-social y más vergonzoso que la envidia? Siempre es pecado aborrecer al prójimo aunque sea malo, condenarle aunque sea culpable, desearle mal aunque sea desgraciado, pero odiar á una persona porque es buena, perseguirla porque obra bien, desear su ruina porque es feliz, difamarla porque tiene en su favor la estimación pública, despreciarla porque los hombres la aprecian, humillarla por-

que Dios la ensalza, ¿no es un pecado abominable? Odiar lo que Dios ama, maldecir lo que Dios bendice, condenar lo que Dios hace, no es un crimen nefando? Oponerse á los designios de Dios, pretender abreviar su mano generosa, oponer un dique al río de sus bondades y cegar la fuente de su amor, ¿no es una impiedad? Pues no pretende menos el envidioso. Ese es su pecado, ese es su crimen, pecado abominable, crimen nefando, que germinó en el corazón del demonio y se difundió en el corazón de los hombres. El primer envidioso es el ángel caído, el demonio, que quiso ser como Dios, que aspiró á la soberanía de Dios, que pretendió sentarse en el trono de Dios, y fué precipitado en los infiernos. Envidioso de la dicha del hombre como lo había sido de la gloria de Dios, encendió en el pecho de nuestros padres el fuego de la envidia, y desde entonces ha venido esta peste infestando las almas, corrompiendo los corazones, y llenando de males la tierra después de haber llenado de lutos el cielo.

¿Conoceis ya *la gravedad* de este pecado? Oid con oído atento y reflexivo su horrible fecundidad para dañar al hombre, que se

deja dominar por el demonio de la envidia.

Las Santas Escrituras enseñan que la emulación ó la envidia es dura como el infierno (1); es el martirio de los espíritus débiles como dice Job (2); es un fuego que consume sus huesos, dice el sábio (3); es el verdugo de los corazones donde se alberga; es el suplicio de los que se dejan dominar por este demonio; es una vívora que desgarrar el corazón; es un infierno anticipado. Yo no puedo contemplar al envidioso sin la más profunda compasión. Es verdaderamente desgraciado. No se alimenta más que con veneno, no ríe, ni duerme, no habla más que para herir, no piensa más que en el mal, y sino hace daño á su prójimo, está siempre pensando en hacerle, y no pudiendo hacer mal, lo desea con vehemencia. Es nobleza de ánimo, y deber cristiano alegrarse con los que se alegran, entristecerse con los tristes y llorar con los que lloran.

El envidioso no abriga sentimientos de nobleza ni respeta los deberes cristianos. Para él son pérdidas las ganancias de su prójimo, tristezas sus alegrías,

desgracias sus venturas, ignominias sus honores, luto la risa, niebla la luz, torbellino la paz, mal el bien, infeliz la felicidad, y feliz la calamidad, y próspera la adversidad, y adversa la prosperidad, y amiga la miseria y enemiga la bondad.

La envidia, dice el Crisóstomo, (1) es invención del diablo, peste perniciosísima, el más horrendo de los vicios, mala bestia, fiera pésima que devora el corazón y destruye hasta los gérmenes de la virtud.

La envidia, dice San Gregorio Niseno, (2) es princesa de los malos, madre de la muerte, raíz de los vicios, principio del dolor, origen de la calamidad, causa de la inobediencia, estímulo mortífero, enfermedad de la naturaleza, bilis venenosa, dardo encendido, llama del corazón, y fuego de las entrañas.

La envidia tiene una historia escrita con lágrimas, con lodo y con sangre. La envidia convirtió á los ángeles rebeldes en horrendos demonios.

La envidia penetrando en el corazón de nuestros primeros padres los arrojó del paraíso, y precipitó al género humano en un abismo de lágrimas y mise-

1 Cantic., VIII.

2 Job. V.

3 Prov., XIV.

1 Hom., 22, 47, in Genes.

2 In vita Moisis.

rias. La envidia hizo de Caín un asesino. La envidia vendió á José, y amargó el corazón de Jacob. La envidia deshonró á Saul, haciéndole cruel, furioso y homicida. La envidia impulsó á los herejes á desgarrar las entrañas de la Iglesia y de la sociedad. La envidia prendió en el corazón de Lutero y extendió por varias naciones el fuego de la irreligion, y con ella el crimen, la desolación y la muerte. La envidia arruinó ciudades y pueblos, palacios y tugurios, altares y tronos, convirtiendo á los hombres en canibales y la sociedad en un cementerio. La envidia ha encendido esta guerra que ruge á manera de huracán en el seno de las naciones, guerra de los pobres contra los ricos, de los que no tienen contra los que tienen, guerra que estalla de tiempo en tiempo, espantando á la sociedad con sus crímenes y con la constante amenaza de los más horrendos cataclismos. La envidia produce en los pueblos la discordia, la venganza, la lucha muchas veces sangrienta del vecino contra el vecino, del hermano contra el hermano. La envidia nos roba las virtudes y nos precipita en los vicios, nos hace desgraciados en esta vida y nos cierra las puertas del cielo.

Ahora poned la mano sobre vuestro corazón, escuchad sus latidos, y vez lo que más domina en sus sentimientos. Es el odio ó el amor? la envidia ó la caridad? Si no amais á vuestro prójimo, estais muertos, porque la vida es la caridad.

Hé aquí *el remedio* contra la envidia, el antídoto contra ese veneno, la victoria contra ese monstruo que devora la vida de las almas, la paz de las familias, el bienestar de los pueblos y la dicha de las naciones. Amad á Dios y amad á vuestro prójimo. Buscad en el corazón amoroso de Jesús el fuego purísimo de la caridad y bebed en las fuentes sagradas de la Confesión y Comunión los raudales de agua viva que apagarán en vuestro corazón el fuego consumidor de la envidia, que brota del corazón del demonio y se comunica á los hombres para envilecerlos y perderlos. La caridad, el amor de fraternidad, hé aquí la ley del cristiano, la condición de su dicha temporal y eterna, Amen.

PENSAMIENTOS.

Sin duda te digo que es mejor el uso de las riquezas que la posesión de ellas.—*Rodrigo de Cota.*

Más son los poseídos de las rique-

zas que los que las poseen.—*Hurtado de Mendoza.*

Se dice que el dinero lo *hace todo*; más por mucho que el dinero haga por nosotros es mucho ménos de lo que se hace por él.—*Rollin.*

Si compras lo supérfluo, pronto venderás lo necesario.—*Franklin.*

Cuanto mayor es la fortuna, tanto es ménos segura.—*Gonzalo de Céspedes.*

Si deseas riquezas, junta trabajo al trabajo.—*Hesiodo.*

Al que en esta vida no quiere mas que una estrecha posada, ni el bien le zozobra, ni el mal le amedrenta, ni la alegría le engríe, ni el temor le encoge, ni las promesas le mueven ni las amenazas le desquician, entre las mudanzas está quedo y entre los espantos seguro.—*Fr. L. de Leon.*

Cuando, por la noche, uno se mete en cama sin hambre y sin dolores, que importa que aquel lecho esté dentro los muros de una cárcel ó las paredes de un palacio?—*Silvio Pellico.*

VA DE CUENTO Y NO ES MENTIRA.

Un jóvencito, hijo de buenos padres, criado en las prácticas de la religion, vino á estudiar medicina, y se alojó en una casa de huéspedes, que contaba con unos diez pensionistas. Como era natural trabó amistad con casi

todos. Un jóven aislado necesita bien hacerse confidentes, y no tardó en atraerse las simpatías de dos de entre ellos, que aunque condiscipulos tenian caracteres é ideas completamente opuestas.

Conservaba el uno sus ideas religiosas, á pesar de las frecuentes tiradas del catedrático, creo que de ciencias naturales, que en vez de lecciones de zoología, propinaba á sus discípulos, como buen alópata, dosis enormes de materialismo, pero sobre todo, de ódio á la Iglesia y al Papado. El otro, pobre criatura, bebió con avidéz las malas enseñanzas, y como era de suponerse, tuvo bastante influencia, mas que el bueno, para pervertir al nuevo condiscipulo.

Este comenzó á descuidar sus deberes de cristiano, ya no se levantaba, como antes, á ofrecer á Dios las primicias del dia y á ponerse bajo la proteccion de la Virgen y de su buen ángel: tenia vergüenza... dejó la asistencia á la misa, y olvidó por completo la confesion anual y la comunión por páscoa florida.

Dios, no obstante, no habia abandonado aquella pobre alma, y en aquel otro buen amigo, conservaba vivo un ejemplo y levantaba diariamente en el alma de nuestro jóven un remordimiento

que no podía sacudir en manera alguna.

A fin de verse libre de aquella muda censura se echó en brazos del estéril y esterilizador fatalismo, cuyos destrozos facilitó grandemente el catedrático. Pero por mas que hizo, por mas que se formó quiméricos sistemas, no pudo jamás acallar la voz interior que le decía. «Así no has sido siempre. Compara la turbacion que ahora sufres con la paz de tus primeros años.

Al fin terminó su carrera y volvió á su casa, con el objeto de procurar los medios necesarios para obtener los grados que le abrirían una carrera. Durante sus estudios, los negocios habian sufrido grandes atrasos, y solo á fuerza de privaciones habian sus padres podido pagar su pension y sostenerle en sus estudios. La misma madre era la que hacia la cocina.

El primer domingo que el hijo pasó con sus padres, al ser llegada la hora de la misa, la madre le preguntó al hijo:

—No vas á misa?

—A qué? preguntó el hijo.

—Pues, á cumplir un deber, á rogar á Dios, contestó la madre, entre sorprendida y desconsolada, porque adivinaba el abismo en que habia caido su hijo.

—A rogar á Dios... si por mucho que yo le ruegue, él no ha de cambiar su resolucion; *lo que ha de suceder, sucede sin remedio.* ¿A qué, pues, cansarse ni cansar á Dios con súplicas que no han de tener efecto? Y aquí espetó el desarrollo de su teoría, como cualquier catedrático de las *ciencias modernas.*

La madre no contestó por entonces ni una palabra. Ahogó un gemido pronto á escaparse de lo mas hondo de su alma, y silenciosa se fué á su aposento.

El marido estaba ausente en un pequeño viaje, y no volvería hasta diez ó doce dias despues.

Pero la madre no quiso esperar su vuelta para darle una leccion al Doctor presunto. Esa misma mañana la iba á poner en práctica.

Como el jóven no fué á misa, ni tenia aún muchos conocidos permaneció en la casa, esperando salir por la tarde.

Hemos dicho que la madre misma preparaba el puchero. Ese dia se retardaba mucho la hora del almuerzo, de suerte que á nuestro fatalista se le hacia la boca amarga, y los bostezos eran de marca mayor!... Al fin quiso saber á qué atenerse y viendo muy tranquila á la mamá, sin la menor señal de preparar nada, le preguntó:

—Y qué hay mamá? Es que no se almuerza aquí hoy?

—Es posible, hijo, que sí, y es posible que nó, respondió la madre con toda calma.

—Posible que sí, posible que nó.... No entiendo.

—Pues es claro, hijo mío. Esta mañana oí tus explicaciones y me han hecho mucha fuerza..... Sí, me dije, *lo que ha de suceder ha de suceder sin remedio*. Y he aplicado la doctrina. Si ha de suceder que almorcemos, almorzaremos; y si no hemos de almorzar, aunque haga el almuerzo no lo almórzaremos; y como no estamos muy desahogados..... ¿ves tú?, no he hecho que almorzar.

El hijo comprendió la lección, y desde entonces resolvió seguir el buen ejemplo de su amigo B. y las prácticas religiosas que le enseñó su madre.

(*El Ancora*).

LA MANO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

HISTÓRICO.

Voy á dar á conocer á mis lectores un suceso que me refirió hace algunos años persona muy respetable para dudar de su veracidad, tanto mas, cuanto que era amigo y paisano suyo el sujeto é quien ocurrió.

En una poblacion de las Islas Canarias, cuyo nombre no hace al caso, habia un jóven que si bien recibió en sus primeros años una educacion cristiana, cuando llegó á la edad viril, tal vez por las malas compañías, ó lecturas de libros perniciosos, se volvió ateo y libre-pensador como muchos de los que desgraciadamente se ven en el día.

Celebrábase á la sazón el mes de María en una iglesia donde habia una imágen de la Santísima Virgen muy venerada de los fieles, y el tal jóven, bien por escarnio ó por divertirse, concibió un proyecto que puso por obra tan pronto como se le proporcionó la ocasion de entrar en la iglesia de día sin ser visto, de la que conocia perfectamente todos sus departamentos: pudo atar una cuerda á la mano derecha de la imágen y hacerla pasar por donde no se notase, á un escondite que debia él ocupar por la noche, con el fin de tirar á su satisfaccion de la cuerda, para que por su impulso moviese la mano. Puesta en accion su malévola idea, esperó el momento en que con más fervor se elevaban las preces á la Reina de los Cielos, pero tiró con tal fuerza de la cuerda, que rompiendo la mano de la efigie, quedó colgando pendiente de ella... La gran consternacion de los concurrentes le valió para escaparse antes de que se pudiese averiguar quien habia sido el autor de tal atentado, quedando envuelto en el misterio.

Algun tiempo despues contrajo matrimonio nuestro jóven, y no tardó su esposa en hacerlo padre, dando á luz una hermosa niña, á la cual le faltaba la mano derecha, por el mismo sitio que fué rota la de la imágen. Al ver á su hija manca, se conmovió de tal manera, que cayó de rodillas contrito y arrepentido, declarando que él habia sido el que rompió la mano de la Santísima Virgen: se volvió un fervoroso devoto suyo, hizo bautizar á su hija con el nombre de María, imponiéndose á sí mismo la penitencia de contar el suceso á cuantos la conocieran y supieran que era manca por justo castigo de Dios.

E. M.